DOS FRAGMENTOS DE «LA VIDA DIFICIL»

Julio cruzó el muelle del carbón y llegó a donde se hacía la descarga. Encontró algunos descargadores que hablaban en un corrillo echando bocanadas de aire caliente. No se unió a ellos, sino que continuó paseando para evitar que el frío le entumeciese. No tardaron en aparecer los capataces, y en ese momento los descargadores formaron frente a ellos en un semicírculo. Julio formó en un grupo, esperando que lo seleccionaran para la descarga. El capataz recorrió a todos en una mirada breve, y con un movimiento de cabeza elegía a sus preferidos. El seleccionado, entonces, daba unos pasos, colocándose junto al capataz. Entre los rechazados figuraba Julio. A su lado quedaron cinco hombres. De los cinco, dos eran viejos, y los otros exhibían unos cuerpos de escasa fortaleza. Detrás de los seis fracasados, el cielo tomaba un tinte mate. La mañana iba a ser pobre de sol.

Al dejar la guardia fué a la cocina, se preparó un tazón de café y marchó a su camarote para beberlo tranquilamente. Julio buscó un papel y un lápiz; dejó todo dispuesto; pero abandonó la idea de llenar de palabras aquella hoja de papel. Bebió hasta la mitad del tazón y se puso a pasear los tres metros escasos del camarote. Para él, aquello de escribir unos versos despidiéndose del viejo *Marseille* no dejaba de ser una cosa nueva. Tal vez fuera mejor explicarse en prosa vulgar. Bebió más café, paseó otro rato, y con el recuerdo de la conversación sostenida con Pedrote y aquel otro de las guardias hechas a proa, se sentó en la única silla y fué escribiendo despacio líneas de palabras que en seguida eran tachadas por parecerle que no traducían su pensamiento. Por fin consiguió acabar su trabajo y leyó varias veces aquella especie de despedida. A la cuarta vez que leyó lo que había escrito, le pareció que su inquietud era muy superior a todo aquello, deduciendo que los poetas eran hombres limitados, o, lo más, pequeños falsificadores de grandes cosas.

Hizo una pelota con el papel, salió a cubierta y arrojó al mar su despedida al *Marseille*. Los versos flotaron sobre un lecho morado y luego se confundieron con la espuma de una ola rota por el casco del barco francés.

Contempló aquel único cadáver de la travesía y volvió la cabeza. El faro de Cabo Mayor había cesado de lanzar su manga de luz blanca y Santander iba surgiendo en la fría mañana como una ciudad virgen y misteriosa.

C. DE RÍOS.